

# LA POLÍTICA

## DE ESPAÑA EN FILIPINAS

### FILIPINAS CON VOZ

El voto lo niegan aún los liberales ingleses á sus colonias incipientes en civilización y cultura, á lo que llaman *infant colony*, y es imposible ir en nuestro archipiélago malayo más allá que la liberal Inglaterra va en sus *dominios de la Corona*.

No hay, pues, en nuestro propósito y pensamiento nada de ese autonomismo que periódicos importantes de aquí nos echaron tiempo atrás en cara; nada mucho menos de ese reformismo revolucionario y democrático que, con más exaltación ciega que claro discernimiento, defienden por acá algunos.

Pero sin salir del *régimen administrativo*, indispensable é irremplazable hoy por hoy, algo puede intentarse sin peligro alguno, de gran provecho para nuestra remota colonia.

Ni es tampoco novedad del todo lo que defendemos; es, por el contrario, volver en parte á antiguas instituciones y olvidadas prácticas; es volver al *Real Acuerdo*, modificado conforme á necesidades hoy fuertemente sentidas y á cambios operados en el modo de ser de nuestros dominios oceánicos por causas múltiples.

Entre ellas, es de importancia la mayor facilidad de relaciones entre Metrópoli y Colonia, que ha dado movilidad extrema á nuestro personal oficial todo, y ha hecho desaparecer á aquellos *matandás* empleados, que allá echaban raíces, se amoldaban á aquellas cosas y hacían de Filipinas una segunda patria.

Hoy son todos aves de paso; hoy pasan por Filipinas sin interesarles aquella tierra y aun sin comprender sus problemas, y hoy, por tanto, su consejo en aquellas *juntas de Autori-*

*dades* carecería de la autoridad indiscutible del antiguo *Real Acuerdo*.

Los ingleses no quieren para consejeros de su *Colonial office* á empleados que hayan residido en colonias menos de diez años.

Reemplazó á aquella Junta de autoridades y al concurso valioso de la Audiencia el *Consejo de Administración*, hoy subsistente; pero sin que pretendamos deprimir en lo más mínimo esta Corporación, ni menos su personal, tanto oficial como particular, para todo el mundo es evidente que es ya deficiente la intervención de este centro consultivo para la solución de los arduos problemas contemporáneos y que por culpa ajena carece de la alta autoridad indispensable á sus elevadas funciones.

Corregir, pues, aquellas deficiencias y dar después á una Corporación análoga toda la autoridad y respetabilidad necesarias, es el propósito nuestro.

Porque es evidente de toda evidencia que el mal grave y crónico de Filipinas, en cuanto á su administración concierne, á su gobierno y régimen, es ese desconocimiento que de su talla y condiciones aquí reina, causa y origen de estas reformas impremeditadas y estos palos de ciego de todos los días.

Y por esto, por esto principal y fundamentalmente la necesidad de *Filipinas con voz*, la necesidad de que Filipinas se deje oír, de que Filipinas hable, y hable para ser escuchada y atendida, antes que sobre ella caigan una de esas reformas, ó prematuras ó inútiles y perturbadoras de que allí se está ya tan harto.

Y para lograrlo, el camino franco y expedito es robustecer el actual Consejo de Administración, darle el máximo posible de au-

toridad y prestigio, y ponerlo en condiciones de que aquí sea escuchado y atendido, y tengan su información y sus demandas razonadas en los altos centros, fuerza bastante para rectificar errores y marcar camino de útiles y necesarias medidas.

Que la institución de hoy, pues, se transforme en algo que sea en realidad una Cámara colonial administrativa; no discutiremos su nombre; centro de información para los altos poderes de la Metrópoli, y dirección para las Autoridades superiores de allí. Especie de piedra de toque de toda medida esa institución, con toda la autoridad y respetabilidad necesarias, y tal, que nada para allá aquí se reforme ó cambie sin pasar por su discusión y su dictamen.

¿Que con qué elementos se constituye en Filipinas ese Consejo administrativo, esa Cámara colonial, si así se la quiere llamar, esa Corporación respetable y autorizada con todo el prestigio y toda la talla necesaria para dejarse oír aquí y decidir de cambios y reformas en el régimen administrativo de la colonia?

Con las Corporaciones allí ya existentes; con las personalidades colectivas más altas de allí; con todo lo que allí más vale y más pesa.

Con los elementos fundamentales del actual Consejo; con individuos delegados de la actual Cámara de Comercio; con los Provinciales de las Órdenes monásticas; con delegados de aquellos Ayuntamientos; con representantes de la Universidad; con individuos de la Sociedad de Amigos del País y con las Autoridades superiores de la colonia, incluidos los Prelados, naturalmente; con todos estos elementos, elementos bastantes, habría para constituir ese alto Jurado, esa especie de Asamblea colonial, guía allí para aquella administración, y Consejo aquí respetable ante el cual se doblegasen genialidades de políticos peninsulares.

Y así, á una colonia muda y á una metrópoli ciega, reemplazarían un Madrid con luz y un *Filipinas con voz*.

QUIOQUIAP.

## INGLESES Y ESPAÑOLES

No es lo peor que Blumentritt no sepa hablar el castellano: en medio de todo, no me

extraña que un bohemio no sepa expresarse en la lengua que «sirve para hablar con Dios»; lo grave es que ni leer sabe este idioma, á pesar de sus pretensiones de filólogo eminente. Dije yo (1) que los ingleses todo lo arreglan con *leña* en sus Colonias, y como hablase después de la benevolencia proverbial de los españoles, en cuanto colonistas, ¿qué deduce mi hombre? Pues que yo deseo la política del *bejuco* para Filipinas. Y, sobre negarme, ó poco menos, que se den palos en las Colonias inglesas, me dice que el *bejuco* no está olvidado en el Archipiélago filipino.

¡Vaya con Blumentritt!

Que los ingleses dominan con el palo, no lo digo yo, lo dice un inglés que sabe infinitamente más que *ese* presumidillo de Blumentritt. Sí, señor bohemio. Oiga su *maguinoencia*:

«No á virtud de libres convenios, sino por la fuerza, con el hierro y el fuego, domina la Inglaterra el Imperio Indostánico.»—(Lord Macaulay: *Estudios políticos*, pág. 287.)

Pues ahora oiga Ud. lo que dice otro inglés, que sabía mucho más que los orientalistas de pacotilla que no han salido de Europa, y que por añadidura recorrió casi todo el Archipiélago filipino:

«En Filipinas, al indio se le maneja por los preceptos de la religión.»—(Bowring: *Una visita*, etc., pág. 148.)

¡Qué diferencia! ¿verdad, Blumentritt? Precisamente, la que yo quería dar á entender en aquel articulillo que tanto ha disgustado al *maguino honorario*; y quise hablar de esta diferencia, porque no faltan tontainas que digan de los españoles que somos unos tiranos, unos infames, unos crueles opresores, amordazadores, etc., etc. Yo no soy partidario del palo en continuo ejercicio; pero entiendo que es muy saludable que el gobernante enseñe de vez en cuando al gobernado el extremo del palasan. Hablo simbólicamente; sépalo Blumentritt, y sépanlo los correvediles que, desde Manila, le envían los recortes con *observaciones, anotaciones, etc., etc.*

\*  
\* \*

Si los españoles que mandan, siguiesen el procedimiento que siguen los indios «con

(1) En un artículo publicado en Manila hace bastante tiempo, que aún no ha podido digerir el *sabio malayista* Herr Blumentritt.

mando», ¡vive Dios que habría leña!! Blumentritt, el *maguinóo* Blumentritt, no habrá visto las escenas que sus buenos amigos habrán visto, pero que no le cuentan, por pudor tal vez. Entienden los indios «con mando» que á la idea de *mandar* va implícitamente unida la idea de *zurrar*; y yo me sé de más de cuatro gobernadorcillos que todo lo resuelven á palo ó á látigo seco: con *leña*, vamos. El castila (con *c*, y no con *k*, como escribe *ahora* esta palabra el bueno de Blumentritt); el castila, decía, que por torpezas, desaguizados, etc., de un criado suyo, llega á incomodarse, limítase (y no todos lo hacen) á darle un mojicón, una *galleta*, ni más ni menos que muchos padres dan un azotazo á sus hijos cuando éstos le irritan.

Pero el *amo* indio procede de otra manera. Supongamos que el *bata* N. ha cometido una falta. Llama el amo á otro criado, á ser posible, el más forzado y robusto de la casa.

—¡Oi!—le dice;— da tú veinticinco palos al *bata* N.

El que ha recibido la orden, ármase de un látigo de Tanauan; llévase á N. en presencia del amo, y grita:

—¡Tumba!

N. se pone en cuatro pies, ó á gatas: el otro le remanga la camisa, si la tiene, y empieza á contar:

—¡Uno! (*Zas.*) ¡Dos! (*Zas.*) ¡Tres! (*Zas.*)...

A veces el que pega procura equivocarse, y en vez de los 25, da 26... ó 28. ¡Nunca 24!

Pero vamos á suponer que el que *pega* no se entusiasma.

—¡Tumba tú!—le ordena imperiosamente el amo.

Y éste le administra veinticinco palos en toda regla, sin perjuicio de dar otros veinticinco al *bata* N., sobre los que ya tenía el infeliz en las espaldas.

¿Qué tal, Blumentritt? ¿Qué le parece á usted este procedimiento del *tumbóo!*, genuinamente indígena, reminiscencia de aquella esclavitud en que vivían los antiguos indios, y de la cual salieron gracias á los Misioneros y á las sabias y paternales leyes españolas?

\* \* \*

Pues dije yo también que los hijos de la Gran Bretaña habían sabido sacar partido de los cingaleses y otros individuos de razas inferiores que pueblan las Colonias inglesas; y

díjelo en el sentido (como lógicamente se desprende de la tesis sostenida en *Barcelona!*), de que les hacen ser útiles y activos á casi todos, sea por el *procedimiento* que sea (el de la *leña*, generalmente)... y el bueno de Blumentritt *traduce* mi frase en el sentido siguiente: «los empleados ingleses *lo han sacado* (partido) *sólo por economías* de su sueldo...» ... «y no por bejucazos».

Isabelo de los Reyes no discurría peor, ni mezclaría las economías con las cuatro temporadas del año. Este Blumentritt, en fuerza de preocupaciones y de mala intención, todo lo *trabuca*, lo confunde y disparata, ni más ni menos que cualquier Pobleto. ¡Lo menos que se figura el *maguinóo* (que ahora escribe *castila* con *k*.... ¡si será *malayista!*) es que aquí nos hemos caído de un nido! Claro que yo no puedo darle una relación nominal de todos los ingleses prevaricadores que viven en las Colonias inglesas; pero sí puedo decirle que en todo tiempo hubo (y hay) grandes inmoralidades en la India.

Por lo demás, ¿sabe Blumentritt cuál es la *muletilla práctica* de los ingleses? La siguiente: *A las Colonias, darles lo menos posible; tomarles todo lo que puedan dar.* Y por cierto que, á propósito de esta frase, refiere un periódico este curioso sucedido. Ahí va, copiado al pie de la letra:

«Viajaba en un vapor español de la carrera de las Antillas una negra de Cuba educada á la alta escuela, cuyo capital ascendía á algunos millones de pesos, y la cual tomó pasaje de primera cámara, sentándose á la mesa con los demás.

Un día hubo de entablarse una acalorada disputa entre varios pasajeros, sobre si la colonización española era mejor que la inglesa, holandesa, etc., y en ella intervino la negra cubana diciendo:—«No sé á qué conducen estas disputas, sabiendo que cualquier sistema de colonización es mejor que el español...»

A lo cual repuso un inglés con mucha cachaza:—«¿Sabe Ud., señora, á qué conducen estas clases de disputas? Pues á que Ud. se siente en la mesa de primera y coma con nosotros. Si Ud. hubiese nacido en colonia que no fuera española, ni con nosotros hablaría, ni comería en esta mesa, pues tendría que hacerlo en la cocina.»

Ahora, saque Blumentritt las consecuencias, que son varias, y acuérdesese de Isabelo.

Por lo demás (y van dos), sepa Blumentritt, y sepan sus rapsódicos admiradores que España, sobre no haberle sacado un céntimo á

sus provincias ultramarinas, puede *jactarse* de que las provincias de Ultramar deben muchos millones á la Metrópoli.

W. E. RETANA.

### ESTADO DE LA MÚSICA EN FILIPINAS (1)

(Continuación.)

La música clásica es allí completamente desconocida, sin embargo de haber quienes poseen volúmenes enteros y completos de los más reputados maestros clásicos, y quienes se creen interpretarlos... Esas melodías de negras con algunas corcheas, tan típicas del género antiguo, son allí despreciadas por *demasiado fáciles*, no comprendiendo la *dificultad* que encierra en sus *fáciles* composiciones. Eso sí, son aficionadísimos á la música melódica, mucho más que á la de armonía complicada.

Esto para mí tiene origen en la conformación cerebral del indígena, entre la que debe haber cierta relación acústica con el pueblo greco-latino, pues aprecia hasta cierto punto casi discretante, é interpreta mejor la música rítmica; no como el anglo-sajón, que no tiene ritmo propiamente dicho. Y prueba de de esto es el género de música de los compositores de este último pueblo, que no han estudiado en Italia, como Wagner, Goldmarc, el ruso Glinka, y otros; y lo contrario, los que han bebido en fuentes latinas, como Mozart, Beethoven, Mendelssohn, Schubert, Weber, Meyerbeer, y Flutow. Con esto y con todo, en trabajos de Weber y Beethoven, se encuentra más de una vez equivocado el ritmo, ritmo que naturalmente y sin educación alguna musical el indio de Filipinas no equivoca, y que lo achacamos á lo expuesto al principio de este punto.

El Ministro Sr. Becerra quiso llevar á Manila una *Escuela de Música*, con objeto de perfeccionar la educación musical del hijo del país, y en verdad que si su proyecto se hubiera realizado, habría sido una de las obras (pocas) buenas que el Ministro Sr. Becerra intentó para aquel Archipiélago.

No he decir yo que la música hace milagros, como nos cuenta la mitología, ni que con ella *todo se consigue*, según expresión de un emperador chino; pero un pueblo de pocas necesidades como lo es el de Filipinas, y por tanto, de pocos trabajadores (comparado con los pueblos de Europa), bueno es llevarle hacia las bellas artes en todo su esplendor, y hacerle imitar bien, ya que, pensando, aún no puede realizar ideales dignos...

En Filipinas, por aquello de que en el país de los ciegos el tuerto es rey, la educación musical está en manos de aficionados que porque sí se llaman profesores de música, y, según ellos, la enseñan; pero que en el verdadero sentido de la palabra, no son más que *industriales* de música. En Manila, sólo hay

porción de profesores de música que se dedican á la enseñanza: pues de éstos creo que no pasen de dos los que tienen título competente. Así se comprende que haya niñas que llevan seis años aprendiendo el piano y no sepan ni *sentarse*, ni mucho menos poner las manos como se debe.

En Filipinas, á más de las deficiencias propias del natural, falta una Escuela de Música, que habría de traducirse en pronto resultados, pues que, si no hay que esperar que salieran Rossinis ni Verdis, podría haber orquestas que, para los servicios religiosos ó para los espectáculos líricos (óperas, zarzuelas, conciertos, etc.) cumplieran bajo una batuta experta perfectamente su cometido.

Examinaremos las deficiencias de escuela por partes, y á modo de pequeñas notas:

*Solfeo.*—Falta una escuela de solfeo; por eso el indígena no sabe apenas, sino es lo concebido por sí naturalmente. El indio tiene un gran oído; de ahí que haya en orquestas quienes desempeñan papeles de tercer violín y no saben apenas solfear. Consecuencia de esto es que cuando llega á Manila una compañía de ópera, cuyo director desea hacer un buen papel, tenga que tomarse mil berrinchines y convertir el ensayo en escuela de Conservatorio. El solfeo no depende del talento; es cuestión de trabajo. De algunos años á esta parte se ha enseñado el solfeo dividiendo su estudio en dos partes: *hablado* y *cantado*. El primero tiene la ventaja de que el alumno aprende la medida y valor de las notas, juntamente con su nombre y accidentes; y el segundo, una vez aprendido aquél, tiene la ventaja de la entonación. Pero en Manila, para acabar pronto el *Método* y que parezca á la familia del alumno que adelanta mucho, se acostumbra, *por lo general*, á cantar el *Método* desde el principio, y lo que es más gordo, que para mayor abundamiento, el maestro toca al piano la lección tal cual la debe solfear el discípulo. Consecuencia: que el infeliz alumno se aprende *al oído* las lecciones, y cuando le presentan un papel impreso, tiene para solfearlo que ir contando los intervalos con los dedos, y á las veces no saberlo solfear. Y como el solfeo es la base de la música, saquen ustedes la consecuencia.

*Piano.*—Lo primero que se nota en los pianistas filipinos es que no saben sentarse al instrumento. La mano la ponen inclinada hacia el dedo meñique, en vez de hacer una curvatura hacia el dedo mayor, y curvan los dedos tan poco elegantemente, que á veces dejan el dedo corazón hacia adelante y los demás engarabados y rascando las teclas, por manera que hacen, sin pensarlo, ademanes no muy cultos. De las tres falanges de los dedos, la tercera, la que los une á la mano, que debe estar más elevada que las demás, allí ocurre lo contrario, y la mano parece todo, menos lo que es. La muñeca, que debe estar al nivel de la tercera falange de los dedos, ó un poco más alta, según la escuela, allí,

## DESDE FILIPINAS

(Cartas confidenciales á Teótimo.)

## III

No son ciertamente, Teótimo amigo, los males que aquejan á este país de los que con facilidad se curan. A la manera de esos organismos viciados, rebeldes á las más enérgicas medicaciones en cuyo proceso patológico descubre la ciencia el signo hereditario, este cuerpo social necesitaría renovar su sangre, cambiar de naturaleza y regenerar su constitución interna con el auxilio de un saludable tratamiento. No basta el cauterio de la úlcera que corroe la superficie; es necesario extirpar los males en el fondo de su guarida para que la llaga no se reproduzca. Y esto no se consigue con cruzarse de brazos y permanecer á la expectativa; se alcanza con la sustitución de la sangre venosa por sangre arterial; se alcanza con una alimentación moderada que reconstituya, no con succulentos manjares imposibles de digerir (1).

Ya sé que no es cosa fácil hinchar un perro, como dijo quien conocía de sobra ciertas dificultades; ya sé que este enfermo crónico necesita, para reponerse, una convalecencia larga y cuidadosa. Pero hay que decidirse alguna vez, sin desmayos y sin pueriles temores. Perseverancia y fe en un sistema inspirado en las verdaderas necesidades del país: hé ahí el secreto del éxito seguro. Y no hay que pararse ante la magnitud de la empresa: en la victoria contra las grandes dificultades es donde únicamente hallan su realización más meritoria los grandes heroísmos.

Hablemos con sinceridad.

La mayoría de los que venimos á regenerar el país traemos como norma de conducta el desconocimiento absoluto de su legislación, de su idioma, de sus costumbres, de sus vicios, de todo aquello en que podría fundarse la garantía de acierto en las altas deliberaciones. Ya lo dijo *Quiquiap*: el indio nos observa, nos estudia en las intimidades del hogar y en los actos de la vida pública: sabe lo que pensamos, lo que decimos; en una palabra, conoce nuestros sentimientos y nuestras flaquezas; para nosotros, en cambio, el indio resulta un ser perfectamente impenetrable. Las oficinas públicas, en todos sus órdenes, se hallan manejadas por estos naturales rutinarios, sí; pero sin cuyo concurso sería embarazosa, deficiente, casi imposible la marcha de los asuntos administrativos. Aquí, como consecuencia lógica del trasiego á que

como tienen el defecto de bajar aquélla, resulta la muñeca debajo del piano, y cuando por alguna circunstancia la levantan, lo hacen al mismo tiempo con la mano, de modo que queda cuasi perpendicular al teclado. Por punto general (y me refiero más bien aquí á la escuela que á los individuos; aquí el *palo* va á los maestros), no saben tener independientes un dedo de otro y todos de la mano, y cada vez que mueven un dedo, participa de ese movimiento todo el brazo hasta el codo. El estudio de la sonoridad es completamente desconocido: los pedales son más bien un *adorno dorado* del piano; ó lo tocan fuerte hasta romper el teclado, ó lo hacen tan pianísimo, que no lo oye el mismo ejecutante. Con estos defectos de escuela no se pueden obtener ligaduras, ni colorido, ni un *stacatto* ligero...

*Violín*.—El principal defecto de los violinistas del país que han estudiado en él, es el de no saber tener el instrumento en la posición debida; así el codo, que una vez tomado el violín, debe tenerse hacia el centro del pecho, lo tienen generalmente hacia fuera, lo que hace les resulte difícil la ejecución de las notas agudas; otro defecto es el de tocar cuasi siempre en primera posición, y no hacer uso de la segunda, tercera y cuarta, por lo que se encuentran con gran dificultad al tener que ejecutar un pasaje en que hay notas agudas, y la *abundancia* de desafinaciones al pasar del *la natural* fuera del pentágono. En cuanto á la ejecución, es verdaderamente imposible, no ligan cuasi nunca; no *stacan* con limpieza ni elegancia; los reguladores no tienen intérpretes; cuando en un ligado entran dos notas, no observan el buen gusto de dar más fuerza á la primera que á la segunda; los *armónicos* no los conocen; el *trémole* no lo hacen nunca *stretto*, siempre *largo*, porque hacen demasiado uso del arco; las notas dobles, ó acordes *tenidos*, les son imposible hacerlos; cuando dan una *strappata* parece que rechinan los dientes...

*Viola*.—Los violas tienen los mismos defectos que los anteriores, más otro mayor que todos ellos juntos, cual es que el que los que encuentran dificultad para el violín, se dedican á viola.

*Violoncello*.—Los que se dedican al *violoncello* lo tocan exactamente como el contrabajo. Primeramente, no saben abarcar con las piernas el instrumento, ni se cuidan de poner el puntón, por lo que el instrumento cambia de posición á impulsos del arco. También estos individuos apenas si usan más que la primera y segunda posición. En fin, que lo que es el violoncello se desconoce en Filipinas, y sólo hay uno que lo toque discretamente (1).

M. VALLS Y MERINO.

(Concluirá.)

(1) Acerca de los filipinos, que, á pesar de la mala escuela y condiciones poco propicias de la raza, han sabido distinguirse por su talento, me propongo hacer un estudio aparte.

(1) El *menu* asimilista con que ha obsequiado al país el demócrata de abolengo y nunca bastante llorado ministro D. Manuel Becerra, se les ha indigestado á muchos indios, que aún no saben si ciertas cosas se comen con tenedor ó con cuchara. Pero ¡qué importa! Ya las comen al estilo de la morisqueta: con la mano. Y... ¡adelante con la *costumbrel*..

nos condenan los compromisos ministeriales, hay poca gente de ahí que conozca medianamente las tradiciones de una oficina. Con dificultad se deja á un funcionario seis meses en su puesto. Dijérase que los señores ministros atisban el momento oportuno en que un empleado se halla al corriente de su cometido para removerlo. Y menos mal cuando se le envía á otra dependencia á vegetar durante el período del aprendizaje, porque en definitiva se consigue que los servidores del Estado sepan un poquillo de cada cosa, aunque buena parte de ellos no resulten verdaderamente útiles para nada. Esta falta de estabilidad, ese tejer y destejer constante, es lo que principalmente perturba todos los servicios y da ocasión á las frecuentes inmoralidades que todos lamentamos (1).

Y no hablemos de lo que, á virtud de semejantes anomalías, ocurre en los Tribunales de justicia. Aceptada en este país semiselvático la prueba testifical, y no obligándose á los jueces á conocer el idioma de las gentes sometidas á su jurisdicción, claro es que forzosamente ha de confiarse la depuración de la verdad legal á la buena fe de los intérpretes indígenas, retribuidos con doce pes s mensuales! ¡Ah! El que conozca, como tú, el nivel moral de esta raza, comprenderá los frecuentes tropiezos de la justicia en Filipinas. ¡Desdichada institución histórica que viene á este país con una venda en los ojos y confía sus altos designios á un lazarillo con la conciencia dislocada!

Harto sé yo que es imposible redimirnos en un año de los funestos errores de tres siglos. Pedir de improviso un remedio radical, es una absurda gollería. Pero ya que esto no sea realizable tan pronto como las circunstancias lo exigen, ¿por qué no empezamos por colocar fuertes cimientos á la gigantesca obra de la regeneración?

Comencemos por pedir con energía que no sigan dictando leyes, donde va el capricho, esos apreciables personajes que, abismados en sus palingenesias políticas, no han tenido tiempo para fijar su atención en los múltiples aspectos que presentan al examen los abstrusos problemas de la legislación ultramarina; pidamos también que se confíe la dirección de los asuntos coloniales, no á esos aven-

(1) Por fortuna llevamos ahora una época de poco trasiego, y, lo que es mejor, de muy acertada elección para los cargos más delicados; así vemos hoy al frente de la Administración central de Aduanas, la de Hacienda pública de Manila, etc., personas que, en absoluto, no deben su destino á ninguna otra influencia que á sus indiscutibles merecimientos. Por lo demás, un año hace que no se registra en Cuba un solo desfallo, y creemos que tampoco en Filipinas. Felicitemos por ello al Sr. Fabié, y ¿por qué no también? al celosísimo Sr. Velarde, jefe del Personal del Ministerio.—*N. de la D.*

tureros de la política, llenos de exclusivismos de escuela, sectarios de los más ridículos trampantojos de la fantasía, sino á los hombres de reconocida competencia que no miren á este país por el prisma engañoso con que se lo han hecho ver á D. Manuel Becerra los *progresistas* filipinos de la última hornada, sino por el espejo de la realidad, el más fiel de los confidentes y el que con más sombrías tintas pone de manifiesto el tristísimo cuadro de miserias, de abandono y de atraso en que vive este organismo social.

Así conseguiremos que nuestros hombres de gobierno fijen su atención en este olvidado país, y vean en el progresivo desarrollo de sus elementos varios de riqueza el porvenir, el hospitalario refugio de tantos millares de compatriotas que perecen de hambre en esas caducas tierras, ya cansadas de producir. Urge el planteamiento de un sistema que abra á la actividad y á la inteligencia nuevos y anchos horizontes, y que disipe ahí las negras nubes de la miseria pública, engendradoras de esas candentes luchas entre la burguesía y el proletariado.

Hoy que por fortuna de este país se halla al frente del Ministerio de Ultramar una persona de las envidiables dotes, de la alteza de miras y del acendrado patriotismo del señor Fabié, es oportuno, es indispensable someter á su examen esos problemas de cuya urgente solución depende la redención, el bienestar, el engrandecimiento de este país, tan íntimamente ligado á los intereses generales de la madre patria.

No basta á nuestro propósito condenar con acritud un día y otro día los errores del pasado; errores que, en último término, pueden muy bien atribuirse á un laudable exceso de buena voluntad; para obviar estos gravísimos males, conviene ir las cauterizando por manera que el enfermo no advierta un cambio brusco en la medicación. Sin violencias sensibles, sin precipitaciones indirectas, podrá hacerse la necesaria selección, en el laboratorio de la experiencia, de todas aquellas sustancias activas en cuya aplicación corre peligro la vida del paciente, dejando para el uso diario aquellos específicos que, por su esencia natural, al par que ejercen su acción, preparan el organismo á otros atrevimientos terapéuticos.

Hé ahí una tarea tan fecunda como patriótica en que puede emplear brillantemente sus horas libres de luchas parlamentarias todo ministro que, como el Sr. Fabié, mire con especial predilección este pedazo de tierra española.

Y cuente, si así lo hiciera, con el aplauso entusiasta de los buenos patriotas y con la gratitud eterna de estos siete millones de malayos sin pan, sin camisa, y... ¡sin diputados á Cortes!

X.

## LA SEÑORA PARDO BAZAN

Y EL TERCO PROFESOR BLUMENTRITT

En el último número del *Nuevo Teatro Crítico* escribe nuestra ilustre compatriota Doña Emilia Pardo Bazán;—vean ustedes qué lección tan apabullante le da la eximia escritora al pesadote bohemio Blumentritt:

«¿Se acuerdan ustedes de lo que dije... allá... en el núm. 3 del *Teatro Crítico*... es decir, á primeros de Marzo... sobre un libro de Quiroquiap, referente á Filipinas?

¿Que no se acuerdan ustedes? ¡Naturalmente, si tampoco me acordaba yo! Como que se trataba de una noticia bibliográfica muy corta, sin importancia alguna. ¡Desde entonces acá han pasado tantas cosas! El veraneo, los anuncios de guerra, el proceso *Das Trinias*, la venida del Duque Wladimiro, las inundaciones de Consuegra y Almería, choques, catástrofes sin cuento, Boulanger pegándose un tiro...

Pero ahí está el señor profesor Blumentritt, que tiene una memoria felicísima, privilegiada, y ya lleva borrajados no sé cuántos artículos, sin dejar al mismo tiempo de endilgarme largas y numerosas epístolas en lengua ya española, ya germana, todo con el exclusivo objeto de amonestarme, denostarme, reprenderme, confundirme y enseñarme cómo, cuándo y por qué debo amar á mi patria—todo á propósito de los regloncitos aquellos de Marzo.—El consecuente alemán me da unas lecciones de españolismo que me dejan tamañita, y otras de liberalismo que me aturullan, y me dice que «veo el cielo lleno de violones»...

No han bastado, para evtar la repetición de estas *violonadas*, las francas y sencillas declaraciones de incompetencia que hacía en la misma notita *La España Remota*, origen de las iras del Sr. Blumentritt; ni ha sido suficiente mi expresa voluntad de no sostener polémicas sobre esta cuestión, que no puedo ilustrar, ni mi elocuente silencio ante las últimas cartas del profesor de Bohemia; porque éste no es hombre que dejará la ida por la vida, ni que renunciará, así lo aspen, á decir en su país que me está aplastando con impugnaciones contundentes, á mí, que soy, según el señor de los *violones celestiales*, *agent provocateur del separatismo* (¡hum!), y *sacerdotisa del filibusterismo*. (Telón rápido.)

Ustedes creerán que estos desatinos se los atribuyo gratuitamente y en broma al consecuente alemán. Pues no señor: obran en mi poder los documentos, que exhibiré á las personas amigas de reirse un rato comprobando extravagancias, género de entretenimiento muy favorito de Gustavo Flaubert.

En cuanto al Sr. Blumentritt, ya que él se permite señalarme lo que debe y lo que no debe escribir una mujer, voy á señalarle, á

mi vez, lo que no debe hacer una persona de buena crianza. Cuando una señora corta ó termina una conversación; cuando rehusa discutir; cuando se aparta y sigue su camino, los caballeros no porfían, ni insisten, ni machacan, ni se descomponen, ni llenan columnas y más columnas con lucubraciones inconvenientes é indigestas.

Y á fe que tiene gracia el Sr. Blumentritt, á quien todo se le vuelve pedir franquicias para el indio, se meta á coartarme á mí la libertad de escribir sobre lo que me viniere en mientes. Será, probablemente, el gran redentor de nuestras colonias, de aquellos que aprueban la filosofía de este sabio axioma:

«Tratarás á tu mujer  
Como á mula de alquiler.»

Al verle, cuando se encara conmigo, tan severo y mandón, siento yo gana de improvisar:

¿El indio libre y la mujer esclava?  
¡Vamos, Herr Blumentritt! Losospechaba.»

Para más pormenores acerca de este pleito, véase el artículo de Retana en *La Epoca* del día 14 de este mes.

EL EXCMO. SR. TENIENTE GENERAL

PROCEDENTE DEL CUERPO DE ESTADO MAYOR

D. EULOGIO DESPUJOL Y DUSAY

CONDE DE CASPE

(Continuación.)

Restablecido por fin de sus dolencias, pudo ponerse á últimos de Septiembre á disposición del Gobierno, que desde luego pensó utilizar de nuevo sus servicios en el Centro, donde los habían echado de menos durante su ausencia, no sólo el General en Jefe y los Capitanes Generales de Aragón y Valencia, si que también los pueblos todos del Bajo Aragón y Maestrago.

¡Cuánto, en efecto, había variado el estado general del país y el aspecto de la guerra durante los tres meses que había durado su licencia! No sólo no había vuelto á librarse con las facciones combate ninguno de la importancia de los de Caspe y Gandesa, sino que enardecido el enemigo con la presencia y dirección del titulado Infante D. Alfonso, secundado por Jefes entendidos y procedentes varios de ellos de nuestro Ejército, sus fuerzas, organizadas y disciplinadas como nunca lo habían estado, habían podido atreverse á empresas como el largo sitio de Alcañiz y el ataque y entrada en Teruel y en Cuenca, llegando en algunos momentos á temerse que los llevase su audacia á intentar algún alarde en dirección de la misma capital de la Monarquía.

Y mientras al calor de estos triunfos acudían numerosos partidarios á engrosar sus

filas y se regularizaban los resortes de su administración en punto á quintas y percepción de impuestos, se habían creado establecimientos centrales, como la imprenta de Cantavieja, donde se publicaban sus documentos oficiales, una escuela de Cadetes para instruir su oficialidad, así como una fábrica de proyectiles y fundición de cañones en Vistabella y Villahermosa.

En estas circunstancias fué llamado nuevamente Despujol á encargarse del mando de la Brigada del Bajo Aragón.

Salió de Zaragoza el 9 de Octubre, y sin noticias positivas acerca del grueso de las facciones aragonesas, cuyo mando superior había recaído en el cabecilla Gamundi, empezó con su brigada, fraccionada por batallones, á recorrer los pueblos, obligando á los Ayuntamientos á efectuar el alistamiento y sorteo de 1874 y de la reserva de 125.000 hombres; y, como prueba apenas creíble de su ascendiente moral, debe consignarse que dichos contingentes, con la sola promesa de ser destinados á Cuerpos de la brigada, se presentaban sin faltar un hombre en Alcañiz para ser instruidos, y á pesar de tener casi todos esos quintos algún hermano ó pariente en la facción, jamás en toda la campaña se dió el caso de que alguno de ellos desertase.

Entretanto el nuevo General en Jefe D. Joaquín Jovellar meditaba una triple operación, de cuyo éxito podía depender la pronta terminación de la campaña en el Centro, cual era la de destruir los establecimientos carlistas de Vistabella y Villahermosa y apoderarse de la plaza de Cantavieja.

Resuelto á realizar su plan con sólo tres brigadas, la de Morales, que él mandaría en persona; la de Araoz, que marcharía en combinación con aquélla, y la de Despujol, cuya lejana y rápida cooperación no podría presumir el enemigo, Jovellar ordenó á éste por telégrafo que se encontrase el 25 en Morella, para cambiar allí sus antiguas piezas de montaña por artillería Plasencia, y el 27 en Benasal, en pleno Maestrazgo valenciano, donde recibiría nuevas órdenes.

Acudió Despujol puntualmente á la cita, dejando á su paso un batallón establecido en la fuerte posición de Ares del Mestre, y, sin noticias del General en Jefe, logró aquella misma noche del 27, con el aliciente de una fuerte recompensa, darle aviso de su llegada, recibiendo en contestación la orden de pasar á Culla para avistarse con él. Al llegar, á media mañana del siguiente día 28 y antes que Jovellar á dicho pueblo, se enteró de que la víspera había salido de allí una fuerza carlista escoltando 80 prisioneros de la guarnición de Cuenca hacia Villafranca del Cid, con destino probable á Cantavieja; y en el momento, por más que carecía de orden concreta para ello del General en Jefe que estaba para llegar, no vaciló en desprenderse de una media brigada, haciéndola marchar seguidamente sobre Villafranca, debiendo reunirse allí

el batallón de Ares, para ver de rescatar á los prisioneros. Llega Jovellar á mediodía con la brigada Morales, aprueba lo dispuesto por Despujol, explicándole los detalles de su plan, cuya primera parte, ó sea la posesión de los establecimientos carlistas de Villahermosa y Vistabella, está ya casi cumplida, pues en aquel momento la brigada Araoz debe haber entrado ya en el último pueblo. Para asegurar el éxito de este comienzo y realizar lo restante, marchará Despujol aquella misma tarde á reunirse con las demás fuerzas de su brigada en Villafranca del Cid, que sólo dista cinco horas de Vistabella, desde donde se pondrá en comunicación con Araoz, para socorrerle si lo ha menester, y si no, mientras Jovellar pasará á Adzaneta, deberá regresar á Morella y esperar allí órdenes, para caer en día determinado, que se le fijará, sobre Cantavieja, simultáneamente con las otras dos brigadas. Con estas instrucciones sale de Culla á las tres de la tarde; pero déjase oír al poco rato el vivo fuego de fusil y cañón sostenido por la media brigada que le ha precedido, y que ha sido briosamente atacada dentro de Villafranca por la facción Cucala, á la que logró rechazar al anochecer, entrando Despujol á las nueve de la noche en dicha villa, donde al día siguiente había de conquistar el lauro imarcesible reservado á los héroes.

Esa agresión tan insólita de Cucala contra un pueblo ocupado por tres batallones, parece por sí sola preludio de gravísimos intentos por parte del enemigo. Unido este dato al no menos elocuente de no haberse oído fuego en todo el día por la parte de Vistabella, lo cual prueba que la brigada Araoz ha podido apoderarse de aquel importante punto sin resistencia, y á otros indicios que por observación propia ó por tímidas confidencias del vecindario va reuniendo, no tarda Despujol en darse cuenta de su verdadera situación.

Su instinto de guerrillero le revela que, excitada hace ya tres días la atención del enemigo por la concentración de nuestras tres brigadas en el interior del Maestrazgo, ha optado por abandonar Vistabella y Villahermosa, á trueque de caer las facciones del Centro reunidas sobre una sola brigada, y que ésta será la suya, alrededor de la cual, y habiéndoles servido de vanguardia la de Cucala, se están reuniendo todas las demás para aniquilarla al día siguiente.

Sabe que descontadas dos músicas, los camilleros y guardias de prevención, no pasarán de 2.700 hombres de todas armas los que podrán presentar en orden de combate; sabe que una tercera parte de su infantería se compone de reservas recién organizadas; comprende que aun cuando los avisos que envíe á Jovellar y Araoz no sean interceptados, como lo serán, por el enemigo, la distancia de siete y cinco leguas que respectivamente separa Adzaneta y Vistabella de Villafranca no les permitirá acudir á tiempo, y que no puede contar por lo mismo sino con sus propias

fuerzas para resistir la tremenda acometida que le espera; y sin embargo, con ese innato sentimiento de la propia responsabilidad, tan pronto comprendida como resueltamente aceptada, con esa natural y desembarazada iniciativa que fué siempre uno de los rasgos más salientes de su carácter, resuelve Despujol afrontar el choque y salir al encuentro de sus adversarios.

«Amanece por fin el día, gloriosísimo para aquella brigada, del 29 de Octubre (dice el informe de la Secretaría de Guerra, al dar cuenta al Ministro del expediente de cruz laureada de San Fernando), y al sentirse por todas partes rodeado, en vez de aprestarse á la defensa dentro del pueblo de Villafranca, en vez de esperar allí la embestida hasta que llegue el auxilio del General en Jefe ó de la brigada Araoz, el Brigadier Despujol, á pesar de constarle que no ha entrado en la mente del General Jovellar el exponer á una brigada sola al empuje de las facciones reunidas; á pesar de que nadie le ha prescrito atacarlas; á pesar de saber que cumplirá como bueno y llenará los deseos de su superior limitándose á resistir, *opta* (como dice en su parte detallado) *resueltamente por la ofensiva, por considerarla más propia de su espíritu y honor*; abandona sin vacilar el pueblo de Villafranca, y decidido á abrirse paso, brinda denodado el combate á sus numerosos contrarios. ¿Cabe mayor muestra de decisión espontánea en un Oficial General que opera combinadamente á pocas horas de distancia de otras dos brigadas á las órdenes del General en Jefe?»

No consienten los límites de esta publicación la relación circunstanciada de los épicos detalles de ese combate, que más bien merece el nombre de verdadera *batalla*. Contentémonos con decir brevemente que ocupadas las afueras del pueblo de Villafranca del Cid por una extensa red cuadrícula de pequeños cercados para ganados, construídos con muros de piedra de la altura de un hombre, por entre los cuales corre el tortuoso camino de Ares, en cuanto á las ocho de la mañana asomó fuera del pueblo la cabeza de la columna, imposibilitada de desplegar, vióse acribillada á distancia de 200 metros por el fuego convergente de las guerrillas enemigas, parapetadas desde el amanecer detrás de aquellos muros, apareciendo también ocupadas por toda la facción Cucala, en formación de combate, las lomas que más adelante dominan el camino por la izquierda. Contra ella, para tener por lo menos un flanco protegido, destacó Despujol desde el primer momento un batallón y medio del regimiento de Córdoba á las órdenes de su Coronel, é hizo tomar a la columna el paso ligero para salir cuanto antes de aquel círculo de fuego, que por su frente y costados la envolvía; pero apenas habría recorrido unos cien metros, cuando se dejó oír también á su espalda un fuego nutridísimo que partía de las mismas casas del pueblo. Era toda la facción aragonesa al mando de Gamundi, que habiendo llegado de Cantavieja

á media noche, había acampado sigilosamente en las afueras de la parte opuesta, y entrando en el pueblo á la carrera al mismo tiempo que salía de él la cola de la columna, acometida con rudo ímpetu su retaguardia, para introducir en ella el desorden, precursor de la derrota.

Para dominar este nuevo peligro, dejando orden á la vanguardia de no detener su rápido avance, acude personalmente el Brigadier á su retaguardia con una sección de artillería, y después de una vigorosa carga á la bayoneta, en la que cae muerto el caballo de su ordenanza, pone en batería las dos piezas manejadas á brazo, con cuyo fuego alternado en retirada y el de dos compañías que va situando por sí mismo, escalonadas por secciones, logra ordenar el repliegue de la retaguardia sobre la cabeza, que ya va saliendo del laberinto de los cerrados de piedra. Al llegar por fin á terreno más despejado, observando Despujol que los aragoneses, después de rechazado su ataque á la retaguardia, se habían ido corriendo por la derecha, uniéndoseles la fuerza por aquel lado apostada detrás de los muros, mientras la de la izquierda se dirigía á las lomas, donde Cucala empezaba á ceder al ataque de Córdoba, el Brigadier envió á este Coronel un medio batallón de refuerzo para acabar de conquistar aquellas alturas, y pudo ya desplegar toda la fuerza restante para rechazar el grueso de enemigos concentrado sobre su derecha.

Uno y otro objeto estaban á punto de conseguirse después de cuatro horas de incesante fuego, en que habían entrado todas las fuerzas de infantería, y ya consideraba el Brigadier logrado su intento de abrirse paso, cuando á las doce del día, y en el momento en que no le quedaban para proteger la artillería é impedimenta sino las guardias de prevención y un grupo de unos sesenta aspeados de todos los Cuerpos, aparecieron súbitamente al frente, y á unos 800 metros de distancia, dos grupos que venían subiendo por la cuesta de Ares con dirección á Villafranca, y que rápidamente iban engrosando, hasta convertirse en dos nutridos batallones correctamente formados, cuyo jefe, después de hacerse cargo del estado de las cosas, los lanzó resueltamente á la carrera para apoderarse de la artillería. Era el General carlista Velasco, que acababa de suceder á D. Alfonso en el mando supremo de las facciones del Centro, y que con dos de los mejores batallones de Santés acudía presuroso desde Catí, con el único temor de no llegar á tiempo para tomar alguna parte en la destrucción de la renombrada Brigada Despujol.

«¡Qué desaliento (repetiremos con el ya citado informe de Guerra) no habian de producir en nuestras tropas y en su Brigadier aquellas fuerzas escogidas que, mandadas por el General en jefe enemigo en persona, llegaban á reforzar la línea

carlista en el momento en que Despujol ya no tenía ni una sola compañía de qué disponer! ¡Y qué nuevo ardor, por el contrario, no debió comunicar aquel refuerzo á los carlistas! Y sin embargo, aquel es el momento en que comprendiendo Despujol que únicamente con su acción personal podrá ya restablecer el equilibrio moral, ya que no el material, entre las fuerzas contendientes, arroja su propio ejemplo en la dudosa balanza de la suerte, no vacila en arriesgar su vida, y con el supremo esfuerzo que de esta manera consigue imprimir á sus agobiadas tropas, arrancan al enemigo una victoria que aquél consideraba ya segura.»

En efecto, al emprender los dos batallones carlistas su carrera, divisa Despujol una choza arruinada, único obstáculo que á cien metros se alza sobre su frente, y conduce y establece en ella el grupo de aspeados, con orden de romper á 300 metros un fuego acelerado y de resistir á toda costa, y volviéndose entonces á galope á su caballería con la espada en alto, ¡A mí—les grita,—bravos de Castillejos! ¡A mí, bravos de Almansa! ¡Héroes de Caspe y de Gandesa, carguen, y viva España!», y á su frente inicia Despujol con ellos la carga; pero con el desenfadado coraje de los trances supremos, se le interpone violentamente el veterano Comandante Cabezas, de Almansa, gritándole á su vez: «Este es mi puesto, mi Brigadier; no me lo robe V. E.», á tiempo que caía fuertemente contuso de bala el corneta de órdenes.

Un tanto desordenados los dos batallones de Velasco por el vivo fuego que desde la choza se les hace, vacilan á la vista de los escuadrones y tratan de guarecerse detrás de unos ribazos y algún cercado que queda sobre su izquierda; pero allí mismo les sigue, y en los cercados penetra la caballería, despreciando su fuego con un denuedo superior á todo elogio; y el ver caer mortalmente herido al Comandante Cabezas, sólo sirve para acabar de enardecer á nuestros jinetes, que á discreción los acuchillan y continúan la persecución. Entra el pánico en el grueso ya rechazado de la derecha, que no tarda ya en desbandarse, y á la vista del destrozo que acaban de sufrir los suyos en el llano, cesa también por la izquierda el fuego amortiguado y ya inútil que desde las laderas inferiores sostenía todavía Cucala contra el regimiento de Córdoba, que ha coronado las cumbres.

Eran las dos de la tarde: la batalla de Villafraña del Cid estaba ganada; pero ¡á costa de cuánta sangre española! Más de 145 muertos y de 250 heridos, entre ellos varios Jefes y Oficiales, dejaba el enemigo sobre el campo, y en poder de la brigada 38 prisioneros, heridos casi todos éstos de arma blanca. Sus pérdidas no bajaron de un Jefe y 17 de tropa muertos; un Jefe, 4 Oficiales y 93 de tropa heridos; un Capellán, un Oficial y 106 de tropa contusos; 9 caballos ó mulos muertos y 24 heridos.

Tocada llamada, pasada lista y completada

á 100 cartuchos por plaza la dotación individual de municiones, concedió Despujol media hora de descanso para que pudiera restaurar sus fuerzas la tropa, más entusiasmada que fatigada, durante cuyo intervalo expiró en sus brazos el bizarro Comandante Cabezas.

A las tres de la tarde, con una fuerte vanguardia y retaguardia, llevando en el centro todos sus heridos, prisioneros y trofeos, así como el cuerpo del Comandante Cabezas, que no quiso abandonar, emprendió la brigada vencedora su pausada marcha, que sólo fué turbada por un corto tiroteo de sus guerrillas flanqueadoras, entrando á las once de la noche triunfalmente en Morella.

Nos hemos extendido algo más que de costumbre en el relato de esta jornada, una de las más brillantes, sin disputa, de la última guerra civil é indudablemente la más reñida é importante de las libradas en el Centro, tanto por el número de enemigos, como por lo cruento de sus pérdidas materiales. En cuanto á su quebranto moral fué tanto, que sin necesidad de ningún nuevo combate quedó cumplido el objetivo ulterior y principal de aquella operación combinada, ó sea la toma de Cantavieja, que abrió sus puertas á nuestras tropas sin intentar siquiera un simulacro de defensa.

(Se continuará.)

## RIFIRRAFE

«La gente que se complace en calumniar y despreciar al indio filipino, siempre nos pinta á los ingleses como unos bárbaros, que sólo con la leña gobiernan á la raza inferior..»

¿Conocen ustedes por ahí á uno que pinta á los ingleses, ó guardando á sus súbditos colorados como ganaderos, ó matándolos sin algún escrúpulo?

Pues ese debe de ser quien calumnia y desprecia al indio filipino. Como que concede méritos y laureles á los que aniquilaron á los indígenas de Australia.

La India inglesa... con la población de Europa, y media docena de sabios en junto, del corte y talla de cierto sabio. ¡Pues valiente puñado son tres moscas!

Y Blunschli y los b. bús y los ingleses despreciados allí donde mandan como señores y... ¡qué sabidurías tan huera y qué sabios tan indigestos se estilan!...

«Enemigos que, considerándose vencidos, enarbolan bandera blanca en demanda de tregua, y encuentran por nobie é hidalga respues-

ta de esta nación española *cerradas descargas de fusilería; emboscadas traidoras* contra unos cuantos moros curiosos que se acercan á contemplar el armamento de nuestro ejército, *para plagiar en todo los horribles asesinatos de Yap y Ponapé; hé ahí la verdad de las victorias contra los tímidos malanaos, cuyo territorio ensangrentado es una mancha para las páginas de nuestra noble nación.*»

¿No hay en estas frases, en estas afirmaciones tan en crudo, algo ofensivo para nuestro valiente y sufrido ejército en Mindanao y Carolinas? Venga Dios y véalo.

\*  
\* \*

Sobre los franciscanos de Consuegra.

«En las calamidades de Filipinas *no nos es dable ese co sue'lo*, y allí echamos de menos *la grata ocasión de elogiar franciscanos.*»

No hay peor ciego que el que no quiere ver. Un ejemplo tan sólo. ¿No abunda la lepra en Filipinas? ¿Y quién vive en el hospital en contacto casi con enfermedad tan asquerosa y horrible?

El coloso. «En España el cura párroco cava tierras, salla patatas y acarrea estiércol...» En Filipinas... está rodeado de *todos los esplendores del lujo... habita un palacio*, y manda al presidio ó la deportación *sin proceso judicial* al vecino ó familia que no le convenga.

A ver, hombre, á ver, ¿cuántos palacios hay en Filipinas? La última casa de vecindad de aquí vale más que la mejor casa parroquial de allá.

¿Y cuántos *deportados* filipinos andan por el mundo? ¡Con qué frescura escriben ciertas gentes, y qué empeño en mostrarse mártires... del coloso de allá, y contar del de acá... todas aquellas simplezas que apuntadas quedan!

\*  
\* \*

El crimen contra la Procuración franciscana. «Vengadores de *agravios y de apetitos* que, si robaron pesos y se mataron porteros, *eso no es instrucción del que se venga*; será deseo de lucro ó torpe ceguedad *del instrumento que ejecuta*. Y esto... es simplemente decir *la verdad.*»

Es mucha lástima que aquellos Tribunales no sepan todo esto, «que es *la verdad, simplemente*», y no conozcan *la instrucción del que se venga*, ni quién es éste. Porque suponemos que allá nada se sabe de todo esto. ¡Ojalá nos equivoquemos!

\*  
\* \*

¡Y qué chinitas ciertas gentes!

Casi se alegran de que las *sinamayeras* del Rosario hayan sido arruinadas y echadas de Manila.

Pero ¿por qué á los *sinamayeros* de Cuba no los echan coletudos? Porque allí hay españoles, y á Filipinas casi no han ido todavía.

Con el millón de españoles de Cuba, ¿cómo variarían aquellas cosas!

En tanto, lo de las *sinamayeras*, es decir, el predominio chinisco allá es... *una imbecilidad*, y quien combate ese mal, un *imbécil*.

¿Qué sentido común y qué buenas formas!

\*  
\* \*

Partidarios de los *tímidos malanaos*, de los kanacas, de los asaltantes y... de los chinos; y enemigos declarados de *frailócratas, sablócratas, burócratas y chulócratas*, es decir, de España y de los españoles. Está bien.

\*  
\* \*

«Decir que hay bandoleros á cada paso en Filipinas es afirmar *una majadería.*» ¡*Tulisanes* en Filipinas!... ¿Qué ha de haberlos? Ni uno para un remedio; y quien lo niegue, es... un *majadero*.

¿Hay más todavía? Sí, todavía quedan injurias y simplezas contra España, y afirmaciones que riñen con el sentido común, y otras cosas más que vale más dejarlas.

¿Es labor tan ingrata ésta de refutar despropósitos!

\*  
\* \*

Pues aún se nos olvidaba uno más. ¿Qué batalla fué esa librada en Mindanao, en la cual los *tímidos moros* mataron á *mil oficiales y soldados* nuestros?

*Mil muertos*, sí, señores, ni uno menos, y eso que los moros son... unos angelitos.

## NOTAS SUELTAS

Leemos en una correspondencia de Manila que publica nuestro distinguido colega *La Epoca*:

«Manila 8 de Septiembre de 1891.—No hace mucho lamentábamos aquí el bárbaro crimen llevado á cabo por un grupo de indios contra los Padres de la Procuración general de San Francisco. Ahora lamentamos otro que acaba de acaecer en la capital de Ilocos-Sur, una de las más importantes provincias del Norte de Luzón. La noticia la publica *La Voz de España* en su número del día 5; dice así el telegrama del colega:

«Vigan 4 Septiembre (2,35 tarde).—Un criado »disparó ayer mañana seis tiros de revólver sobre »los españoles Valdelomar y Maffei, entrándole á »éste la bala por un costado, saliendo cerca del »vientre, y al otro por la cadera izquierda, quedando dentro el proyectil. Estado de ambos grave. »Población indignada.»

Pica ya en historia este proceder de los indios contra los peninsulares. Tamaña rebeldía no obedece á otra cosa que á este funesto *progreso político* que inconscientemente, sin duda alguna, nos

metieron puertos adentro los señores fusionistas. Vuelvo á repetir una frase de mi última ó penúltima carta: ¡qué enorme responsabilidad moral les cabe á esos que han legislado para un pueblo de «niños grandes», ni más ni menos que como pudieran hacerlo para la Metrópoli, la cual, para llegar hasta donde ha llegado ha tenido que recorrer muchos siglos de historia y que sufrir todas las vicisitudes por que pasan los pueblos antes de cumplir la mayor edad! ¡Un indio disparando seis tiros contra dos españoles, á los que hiere de gravedad suma!

Y ahora ya se sabe: se instruirá sumario... pasarán meses... y á la postre se atenuará la pena, por aquello de que *es indio*, merced al art. 11 del Código penal, que no es sino la declaración implícita de la inferioridad de estas razas indígenas, en tanto que el Código civil los califica á los indios de ciudadanos españoles con todos los derechos inherentes á la ciudadanía.

Dejo á la consideración del discreto lector este bárbaro suceso, que tan indignada tiene á la población de Vigan.»

\*  
\* \*

No hace muchos días ha fallecido en Madrid nuestro respetable amigo el Excmo. Sr. D. Pablo Ortiga y Rey, Consejero de Filipinas, en cuyo Archipiélago había desempeñado varios de los más altos cargos.

Su amistad era para nosotros tanto más valiosa, cuanto que nos la brindó espontáneamente, á consecuencia de la afinidad de ideas que entre el ilustre Consejero (q. e. p. d.) y nosotros existía.

Representaba en el Consejo al Ayuntamiento de Manila.

También ha fallecido en Barcelona, á edad muy avanzada, el M. R. P. Fr. Fernando Magaz, Superior que había sido de los Conventos de Agustinos de Manila y La Vid. En 1876 fué presentado para el Obispado de Cebú, que renunció, á pesar de los ruegos que le dirigieran muchos hombres de mérito, entre otros, el Cardenal Simeoni, Nuncio, á la sazón, de su Santidad en esta Corte.

Hé aquí las obras que dejó escritas, según la Bibliografía agustiniana, que en *La Ciudad de Dios* viene publicando el eruditísimo Fr. Bonifacio Moral:

«1. *Norma de vida acomodada á las necesidades, ocupaciones é indole del Indio.* — Dos ediciones.

2. Traducción al idioma cebuano de la Bula *Inefabilis*.

3. *Lamentos de las Ánimas y Gozos de Santa Filamena y San Juan Nepomuceno.*

4. *Díptica de los Curas y sus obras á beneficio de los pueblos de Argao.*»

Nuestro pésame á la Provincia agustiniana de Filipinas, y en particular á Fr. Enrique Magaz, hermano del finado.

\*  
\* \*

Para cubrir la plaza de Consejero de Filipinas que ha quedado vacante por fallecimiento del se-

ñor Ortiga y Rey, dícenos que se presenta candidato el Sr. Alvarez Guerra.

\*  
\* \*

En el certamen celebrado hace pocos días en Lugo, ha obtenido el premio el P. Eustoquio de Uriarte, fraile filipino.

Hé aquí cómo se expresa *El Lucense*, dando cuenta de la adjudicación de los premios, al hablar del P. Uriarte:

«Cuando tocó el turno al tema X, premio del Orfeón gallego, á la *Memoria sobre los orígenes é influencia del romanticismo en la Música*, notábase una así como curiosa ansiedad en el público y en los mismos individuos del Jurado; al pronunciar el Sr. Lagarza el nombre del P. Eustoquio de Uriarte, una salva de aplausos estalló estrepitosamente, al mismo tiempo que brotó de muchos labios un unánime, entusiasta é instantáneo «no nos habíamos equivocado». El señor presidente leyó el sumario de dicha Memoria, sumario que da gallarda muestra del valer del trabajo premiado, del cual hacen cumplidísimos elogios los que han tenido ocasión de saborear sus hermosas páginas; nosotros nos limitamos á decir que es obra del P. Uriarte, con lo cual creemos que queda hecho el mejor elogio de un trabajo que honra al certamen y á la Sociedad donante del premio.»

\*  
\* \*

A mediados del mes pasado inauguróse en Manila el magnífico templo que á sus expensas ha levantado en el arrabal de San Sebastián la Corporación de Recoletos.

La nueva iglesia es toda de hierro, y *único* edificio que de su clase existe en todo Filipinas.

Los *oscurantistas* frailes acaban de hacer lo que no han hecho todavía todos los *progresistas* filipinos juntos.

Un edificio que cual ningún otro simboliza el Progreso.

\*  
\* \*

Con el título *Estudio forestal acerca de la India inglesa. Java y Filipinas*, acaba de publicar una obra bastante interesante nuestro distinguido amigo el Ingeniero de montes Sr. Jordana. Recomendamos el libro á nuestros lectores.

## ADVERTENCIAS

Hemos trasladado nuestras oficinas á la calle de la Espada, núm. 4, adonde pueden dirigir la correspondencia, á nombre de W. E. Retana, ó bien al Ministerio de Ultramar, á nombre del mismo señor.

\*  
\* \*

El número próximo llevará fecha del 10 de Noviembre.

M. Minuesa de los Ríos, impresor.